

sima, con largos y ondulantes cabellos rubios, envuelta en una flotante túnica de gasa.

Arrojóse en los brazos de mi padre y luego en los míos, nos besó llorando de placer, y al fin escuché su voz dulce y sonora como el murmullo de las brisas en la ribera.

—Ysahculhayal, dijo á mi padre, has cumplido tu destino, has sido justo y bueno, y Dios permite que vengas á morar conmigo en los alcázares del mar; abraza á nuestro hijo, porque no le volverás á ver hasta que transcurran veinte y tres años.

Mi padre me abrazó llorando, me dió excelentes consejos y me rogó que fuese siempre caritativo, valiente y fiel.

Entonces mi madre me besó en la boca, varió mi semblante para que no fuese conocido de mis enemigos, me contó mi historia, é hizo salir para mí del fondo del mar un caballo de guerra, una lanza y un arco.

—Tú eres valiente hasta la ferocidad, hijo mio, y tus enemigos te llamarán Yadilkadir (*Mano del fuerte*). Vé, tu destino te espera, y cumplido tu plazo la felicidad junto á mí.

Besóme otra vez y desapareció con mi padre.

El mar quedó desierto, y solo brilló sobre él la luz de la luna que tocaba las aguas al occidente.

Entonces me encomendé á Allah, salté sobre el caballo y le dejé tomar el camino que le plugo.

El corcel me llevó á Damasco, á tiempo que el califa Abdelmelic celebraba con fiestas y justas la proclamacion como su sucesor de su hijo Al-Walid.

Justé, y vencí. El califa me hizo un rico presente y me nombró walí de sus ginetes.

Desde aquel día mi lanza ha vertido mucha sangre infiel, y mis enemigos, cumpliendo la predicción de mi madre, me llamaron Yadilkadir.

Pero á pesar de mi grandeza sentia en mi alma una sed de amor semejante á la tuya. Consulté á los astrólogos, y me dijeron que la mujer de mi amor estaba prisionera en el castillo de Bertat.

Entonces dejé á Damasco, me vestí la sencilla túnica del árabe del desierto, y aguijé mi caballo; atravesé montañas y llanuras, rios y lagos, y llegué; mi hermano Rajatulah y mi hermana Nurulawal me trajeron hasta tí, que eres la luz de mi alma y la vida de mi vida.

—Pero has dudado de mí, de mí que preguntaba todos los días á los cielos por tí, que soñaba con tu amor que te espera al cerrar de cada noche.

—¡Oh! perdóname, gacela mia, murmuró el árabe, porque yo te amo.

CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Antes del alba Yadilkadir llamó á su hermano Rajatulah.

Este asomó su frente á la ventana.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Condúceme con mi corcel á Damasco, contestó el árabe.

Rajatulah penetró en la estancia, le cogió entre sus alas, lanzóse en los aires precedido de Nurulawal, descendió al valle, envolvió el corcel de Yadilkadir, y antes de que el alba alumbrase al mundo le dejó en la puerta de la ciudad de los califas.

Y así vinieron noches tras noches, y todas ellas Rajatulah condujo á Yadilkadir al lado de Zarulamyai.

Y cada vez era su amor mas intenso y frenético.

Zarulamyai estaba en cinta; y sin embargo, el astrólogo que la guardaba, fascinado por el genio protector de los dos jóvenes, tuvo ojos ciegos y oídos sordos.

Antes del año, al amanecer de un hermoso día de primavera, Zarulamyai dió á luz un niño negro y hermoso como ella.

Su corazón de madre se dilató; besó frenética á su hijo, y le escondió temerosa bajo el tapiz de púrpura de su lecho; pero Rajatulah penetró por la ventana y arrebató al niño envuelto en el manto de púrpura.

Zarulamyai gritó, pidió á Rajatulah su hijo, y este contestó, rugiendo, en un lenguaje solo inteligible para ella:

—¡Así está escrito!

Y se perdió en la inmensidad.

Y lo mismo contestó á Yadilkadir cuando á la noche siguiente, impulsado por las lágrimas de su esposa, le preguntó por su hijo.

Y así vinieron, uno tras otro, ocho años desde el día en que Yadilkadir conoció á Zarulamyai, y por cada un año tuvo en ella un hijo varón, que fueron arrebatados por Rajatulah.

Al finar el octavo año, á la noche siguiente del alumbramiento del octavo hijo, Rajatulah anunció á los esposos que se preparasen para hacer juntos su último viaje.

—Habeis cumplido vuestro destino sobre la tier-

ra, les dijo, y os esperan los alcázares de vuestras madres.

—¿Y mis hijos, hermano mio? le preguntó llorando Zarulamyai.

—Tus hijos, contestó el genio, tienen en sus venas el espíritu del mal de tu padre. Se ha cumplido tu horóscopo, hermana mia. *Si esa niña, dijo el destino, conoce el bien y el mal será desdicha, porque sus hijos tendrán en su espíritu el germen del mal.* Estaba escrito y se cumplió.

Zarulamyai se arrojó sollozando en los brazos de Yadilkadir, entre los cuales le condujo Rajatulah al alcázar de perlas de Malicatulbajri.

Y el astrólogo entró al día siguiente en la torre, y al encontrarla abandonada llamó á grandes gritos y mesándose la barba á Zarulamyai, y el rey supo que habia desaparecido, y mandó cortar al astrólogo la cabeza.

Y la buscó por todos sus dominios y fuera de ellos, y no la encontró.

Desde entonces no se ha vuelto á saber de Zarulamyai ni de Yadilkadir.

Pasaron como pasan las tempestades despues de haber servido á la justicia de Allah.



W.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Por el tiempo en que dió á luz su primer hijo Zarlamyai, habia á poca distancia de Bertat, en las márgenes de un lago formado por el Bark-el-Abiad, un magnífico templo consagrado al sol; mengua era su grandeza á la de las Pirámides de Egipto, gigantescas sus columnas, atrevidos sus arcos como el pensamiento del impío, y mujeres impuras, profanando el velo de las vírgenes, estaban encargadas de sostener perpetuamente el fuego, ante el ara del altar de oro, y la impureza de los falsos sacerdotes.

En la morada del mas anciano de ellos fué donde Rajatulah dejó uno tras otro los ocho hijos de Zarlamyai.

Esos hijos, emir, añadió roncamente el primer siglo, fuimos yo y mis siete hermanos.

Crecimos en la impiedad y en los vicios; fuimos vergüenza de la naturaleza, y al fin sacrificamos como sacerdotes víctimas humanas y castas vírgenes en los profanos altares del sol.

Llegó en tanto el año noventa y uno de la egira; el califa Walid habia sucedido en el trono de Oriente y Occidente á su padre Abdelmelic; en Bertat el rey fratricida, viejo y gastado por los remordimientos y por los vicios, habia cedido su corona á su hijo Zaib.

Y despues de la siega de las mieses, fué á cobrar los tributos del califa, el caudillo árabe A'bd-al-Azis (Abdelaziz, *Servidor del fuerte*), hijo del emir Muza Ebn-Nozeyr, valiente guerrero, conquistador del Magreb, desde las regiones del Poniente hasta los desiertos del Mediodia.

Tenia una hermana Abdelaziz, de tan maravillosa hermosura, que era llamada Kaukebulabkar (*Estrella de las vírgenes*).

Y aconteció que esta por su mala ventura deseó ver el *Gran rio*, y vino con las gentes de su hermano á Bertat.

El rey Zaib fué á pagar sus tributos, y la vió. La llama de un amor impuro brotó en su alma, y aquella noche á guisa de ladron, auxiliado por mí y por mis siete hermanos, aprovechó el descuido de los árabes, hijo del desprecio con que miraban á los nubios, y la robó.

Kaukebulabkar fué profanada por el rey ante el altar maldito, entregada despues á nuestra impu-

reza y sus restos ensangrentados ofrecidos como holocausto al sol.

El castigo fué terrible; nosotros fuimos degollados sobre los restos aun calientes de Kaukebulabkar, y asesinado el viejo y miserable rey fratricida entre los brazos de sus mancebas.

El decreto del destino se habia cumplido, á pesar de las precauciones del usurpador; su hijo y los de su hija trajeron sobre él la espada de la justicia.

Durante tres dias la sangre corrió por las calles y los templos, y Abdelaziz cansado de matar, concedió la vida á Zaib y le hizo cautivo.

Apenas esterminados yo y mis siete hermanos, nos encontramos flotando en un espacio frio y nebuloso, sin luz ni sombra. El silencio del no ser, un silencio como no lo han percibido oídos humanos, dominaba en torno nuestro; de repente el ruido de unas alas poderosas nos estremeció; rasgóse la niebla, y suspendido en los abismos de la inmensidad apareció terrible ante nosotros el arcángel de la muerte.

—¡Espiritus! dijo Azrael, con voz semejante al trueno; vuestra vida en la tierra ha sido una continua cadena de crímenes.

Predestinados al mal habeis nacido, y Allah suspende su justicia hasta que se cumpla vuestro destino.

Entonces se lanzó sobre nosotros como el rayo, nos envolvió en el largo extremo de su túnica y nos condujo á la tierra.

Y vimos una vega rodeada de montañas azules, como un huerto de su vallado; y sobre ellas asentada como una reina una altísima sierra, cuyos piés

besaban las nubes y cuya frente cubierta de nieve, lanzaba reflejos deslumbrantes herida por el sol del estío.

Y al lejos habia siete montes rodeados por dos rios que corrian á sus piés, y que se confundian luego en uno y se perdian entre las opuestas montañas, tendiéndose sobre la vega como una serpiente de plata.

Y sobre el mas alto de aquellos montes habia una alcazaba, y bajo ella una poblacion judia.

Nosotros estabamos suspendidos, ocultos en una nube, sobre una colina cubierta de olivos, nopales y cipreses á la falda de sierra Nevada.

Y sobre aquella colina habia otra poblacion hebrea, diseminada en blancas casas entre los olivares.

—¡Espíritus! nos dijo Azrael, los hijos del Islam pasarán muy pronto el estrecho de las Angosturas para llevar el conocimiento de Allah á las tierras de Occidente; se estenderán sobre Gezira Alandalus y serán señores de ella durante muchas generaciones.

Y ocuparán esta parte sobre la que nos posamos, y sobre aquellos siete montes alzarán una ciudad que se llamará Granada, y bordarán de aldeas esa vega, y entre ellas edificarán una en la colina situada bajo nosotros, y la llamarán Azubia por su abundancia de aguas.

Y andando el tiempo los hijos del Islam, castigados por Allah, perderán uno á uno los reinos de Gezira Alandalus, y su último asilo será Granada, que les arrebatarán al cabo dos reyes nazarenos.

La tierra de la Azubia será la última que se empape en la sangre vertida en esta conquista, y con

ella acabará en Occidente la lucha del Koram y la Cruz.

Allah quiere que vosotros presidais, durante cien años cada uno, el destino del pueblo de Ismael en Gezira Alandalus, y si cada uno de vosotros al espirar el plazo deja aun flotando la bandera del Islam sobre Granada, plantareis un laurel en la colina de la Azubia por la parte que mira á la ciudad. Y si pasados ochocientos años habeis plantado ochó laures perdonados sereis por Allah, y vüestra madre os besará la boca en los alcázares del mar.

Péro si falta un solo laurel, condenados sereis, y vüestra madre os olvidará, y serán con vosotros las tinieblas.

Y el ángel se precipitó con nosotros sobre la tierra, y nos soterró al pié de un ciprés en la colina de la Azubia, por la parte que mira á Granada.

Yo, el mayor de los hermanos, dormí durante siete lunas; al fin de ellas una voz poderosa me despertó.

—Levántate! me dijo, ha llegado la hora; el Oriente se arroja sobre el Occidente. Y me sentí arrancado de mi tumba y lanzado en el espacio; mis vestidos eran una túnica de púrpura, fabricada con el tapiz del lecho en que me habia envuelto mi madre al nacer, y en mi diestra mano lücia una larga y brillante espada de combate. Una nube sangrienta me conducia; calientes ráfagas agitaban mi barba y mis vestiduras; estraños rümorez resonaban en torno mio.

Y me elevaba en los aires, y á mis piés aparecia la tierra recamada de montañas, matizada de prade-

ras, surcada por valles; el mar de Damasco se rizaba luciente entre las riberas del Magreb y de Gezira Alandalus, y asomando su cabeza por el estrecho de Alzacac, se unia en un continuo y resonante beso á su padre el gran Océano.

Grupos de nubes, lanzadas en el espacio como un rebaño de gacelas huyendo, pasaban bajo mis plantas impulsadas por las brisas; y el sol brillaba deslumbrante sobre aquellas nubes, y sobre aquellos mares, y sobre aquel hemisferio matizado de púrra, azul y esmeralda.

Y este dia alumbrado por el radiante sol del Islam, era el jueves cinco de la luna de regeb del año noventa y dos de la egira (1).

Cien galeones surcaban las aguas del estrecho, y en ellos Taric-Ebn-Zyad el Invencible conducia á las tierras de Occidente veinte mil caballeros árabes, entre los cuales se contaba muchedumbre de berberiscos y hebraizantes.

Y Taric aferró los galeones á tierra, y salió fuera de ellos con sus ginetes y sus banderas, y quemó las naves; en frente del monte de la Entrada ó de la Victoria, porque en él se vertió la primera sangre de la conquista, y fué vencido el príncipe Teodomiro á pesar de su generosa resistencia.

Y por ello, desde entonces en honor de Taric, se llamó el monte Geb-al-Taric.

Los árabes se tendieron como el huracan sobre la tierra que habian pisado victoriosos, y una luna adelante, en cinco de jawal, la cabeza del rey don Ro-

(1) 711 de J. C.

drigo fué cortada por Taric como prenda de triunfo, despues de tres dias de un sangriento combate en los campos de Jeréz, á las márgenes del Guadalete.

Yo presidi aquella batalla, envuelto en la oscura nube del destino tan fatal para los godos; yo ví estenderse al pueblo árabe, siempre vencedor, sobre la faz de Gezira Alandalus hasta los valles del Pirene, y ví ondear sobre las torres de Toledo la bandera del Islam.

Laurel de gloria planté sobre la colina de la Azubia, y dejé esplendente y poderoso al pueblo de Ismael sobre las tierras de Occidente, cuando me acerqué á la tumba de mi segundo hermano para decirle:

—¡Levántate, hermano mio, por que yo he plantado ya mi laurel!

Y mi hermano surgió de la fosa, y cabalgó en la nube del destino, y volvió pasados cien años, y plantó otro laurel sobre su tumba y llamó á mi tercer hermano.

Y así uno tras otro, siete hemos sido los que tornamos y trajimos laureles, porque aun ondeaba sobre las torres de Granada la bandera del profeta.

Pero ahora, emir, continuó el viejo con voz cavernosa, esa bandera flota á impulso de vientos fatales; el cristiano acampa ante los muros de Granada, los musulimes se agitan en discordias civiles, y siento derrumbarse el trono de Al-hhamar.

Solo tú, emir, puedes desviar de Granada el astro fatidico que vibra sobre ella sus rayos de muerte; solo tú que eres generoso, valiente y fiel.

¡Oh, si la primavera cubriese aun doce veces de verdura la vega, y el invierno coronase de nieve otras

tantas las cumbres de la sierra, y ondease aun espendon sobre Granada! Entonces nuestro octavo hermano plantaria el octavo laurel, Granada seria eternamente el paraíso de los creyentes, y nuestra madre nos besaria en la boca en sus alcázares de las aguas.

Calló el viejo tras este largo y extraño relato, cerró los ojos y reclinó la cabeza sobre su pecho.

Muza Ebn-Abil-Gazan sentia circular por sus venas fuego, y el amor á su patria llenaba su mente, y comprimia con su diestra los latidos de su corazon, que parecia querer romper sus ligaduras.

—Anciano, dijo al fin con voz robusta, lo que está escrito se cumplirá. Que Dios el altísimo y único que me escucha, fortalezca mi brazo. ¿Qué ha de hacer el emir?

El viejo permaneció con la frente inclinada y los ojos cerrados, pero su voz se elevó lenta y vibrante, en un canto profético.

—¡Ay del valiente! exclamó, ¡ay de la gacela que guarda! ¡El lobo acecha, y el valiente caerá y la gacela será esclava!

¡Ay de los hijos de la gacela! ¡ay de sus hijas!

¡Lágrimas l'ora el alba sobre Granada, y el sol se tiñe de sangre cuando arroja su mirada vespertina á la más alta de sus almenas!

¡A la lid! ¡á la lid! ¡que la gacela se salve y que el alba ria sobre sus padreras!

¡A la lid, emir! ¡que tus feroces almogawares pisen las haces de los nazarenos como pisa el labriego en la trilla la mies!

¡A la lid, emir, por la gloria de siete siglos! ¡A

la lid, y que la sangre del lobo manche los gentiles
piés de la gacela!

El canto del anciano era bravo, semejante en so-
nidos al clamor del combate ó al gemido del cautivo;
se habia levantado de su Jivan y con él los otros
seis ancianos, que lentamente habian adelantado há-
cia el centro del octógono, hasta tocar con sus espa-
das el cuerpo de Muza.

Y este las sintió punzar su carne, sin estremecer-
se ni palidecer ante la feroz espresion de los sem-
blantes de los siete ancianos, que dejaron caer las
agudas puntas sobre el pavimento que gimió en un
eco sonoro y prolongado.

Entonces cada uno de los siglos arrancó una hoja de
oro de su corona de gloria y las entregaron á Muza.

—Emir, le dijo el mas anciano, esas siete hojas de
oro manchadas de sangre, encierran toda la gloria
de nuestra dominacion en el Occidente; esas siete ho-
jas de laurel son un talisman poderoso, que te servi-
rán para adquirir otro que pende del cuello de una
mujer y que te hará invencible con los tuyos.

Vete; el destino te presentará esa mujer, que ha-
rá arder tu corazon con un fuego desconocido para
ti; esa es tu prueba. Si ella te despoja de esas siete
hojas, ¡ay de ti! ¡ay de Granada! Si tú la arrancas el
talisman, grande será tu porvenir y dichosa tu eter-
nidad.

Tras esto, los viejos se tornaron á sus divanes,
se replegaron sobre sus rodillas y se envolvieron en
sus túnicas.

Muza quiso hablar, pero la voz se perdió en su
garganta, sus ojos se nublaron, desaparecieron los

objetos y la sombra densa y apenadora envolvió su ser; hizo un esfuerzo y tornó á abrir los ojos: todo habia desaparecido como por ensalmo; encontróse ginete sobre su corcel Samyel, en el mismo sitio donde se habia detenido para contemplar el real de los nazarenos; la luna brillaba diáfana y nacarada, y las brisas pasaban junto á él saturadas con los balsámicos aromas de los cármenes del Dauro; escuchábase al lejos el hálito de vida de Granada, el grito de los atalayas de la Silla del Moro y el nocturno y vigilante ladrido de los perros campestres; Acbahr de pié, inmóvil, delante de su señor, asía la rienda izquierda del caballo.

El jóven emir buscó entre su faja y su jaqueta las siete hojas de laurel, y nada halló.

—Mucho he dormido, dijo, y mucho he soñado. La noche media; adelante.

Y aguijó á su caballo que no se movió, contenido por la mano del inmóvil esclavo.

—Adelante, Acbahr! gritó Muza; ¡adelante! ¿Por qué no has desvanecido con tu voz el sueño extraño que ha envuelto mi espíritu?

—Señor, contestó el esclavo, tu siervo temió enojarte y ha velado tu sueño. Y en tanto, señor, yo he visto tambien una vision espantable.

Muza miró con asombro á Acbahr.

—Poderoso señor, continuó este, mientras tú dormias han pasado en silencio junto á mí siete viejos negros, con largas barbás blancas, envueltos en túnicas de púrpura y con espadas desnudas en las manos. Invocé á Allah, y entonces uno de los viejos me dejó para tí esta caja:

Y Acbahr entregó á Muza un pequeño cofrecillo de ágata, dentro del cual encontró siete hojas de laurel esmaltadas en oro, sobre cada una de las cuales estaba adherida y seca una gota de sangre.

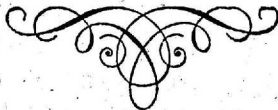
—¿Y qué se han hecho esos viejos? preguntó el jóven caudillo al esclavo.

—Desaparecieron, señor, entre lo oscuro del barranco á punto que despertabas de tu sueño.

—¡Hágase la voluntad de Allah! murmuró Muza, guardando cuidadosamente el cofrecillo entre sus vestiduras. Ahora, añadió dirigiéndose á Acbahr, guia á la morada del santón.

Acbahr asió el caballo por la rienda, lanzóse á la carrera á través de la cumbre, descendió por ásperos senderos hasta el rio, y metiéndose con el caballo sobre la corriente para no ser sentido, como acostumbra los cazadores de ánades, se detuvo delante de un repecho, sobre el cual, entre un barranco á la izquierda del rio, se rasgaba la entrada de una caverna.

Muza descabalgó, y se dirigió en silencio, oculto entre la maleza, á aquella medrosa entrada.



VI.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

Por aquel tiempo los nazarenos mas audaces acostumbraban á dejar el real de Santafé y meterse la vega adelante hasta las puertas de Granada, donde retaban á singular combate á alguno de los caudillos moros mas nombrados, ó bien saliendo en busca de aventuras, justaban con los caballeros de Granada, que del mismo modo salian á caza de un trofeo de guerra para rendirle en tributo á su nombre de valientes ó al amor de sus damas.

Prohibidos estaban rigurosamente estos combates por los reyes de entrambas partes, pero á pesar de las ordenanzas de los de Castilla y Aragon y de los

pregones de Abu-Abdallah, cada día era la vega pa-
lenque abierto de estos hechos caballerescos, que ha-
cian lamentar por una y otra parte la pérdida de al-
gun buen caballero, cuya sangre se vertía de una
manera inútil.

Por lo tanto, no era extraño encontrar á cualquier
hora del día ó de la noche, en los alrededores de Gra-
nada, algun caballero cristiano armado de todas ar-
mas, con la visera calada, la lanza en la cuja y la
adarga al pecho, plantado como un roble en medio de
un camino, en las orillas de una ribera ó en las que-
braduras de un barranco, cuyo paso fuese acostum-
brado por los caballeros muslimes.

Por eso Muza nada encontró de nuevo cuando po-
co despues de haberse ocultado á guisa de escucha,
entre la maleza próxima á la entrada de la gruta,
oyó el trote de un caballo, luego el crugir de un ar-
nés, y al fin la voz de un cristiano que aguijaba en
su habla al bruto. No tardó en reflejar la luna sobre
el yelmo del ginete, que salió de entre las revueltas
del barranco, y el emir pudo distinguir á un cabá-
llero cristiano, cubiertas las armas por un manto blan-
co, calada la visera y armada la diestra con una fuer-
te pica de combate.

Conociáse en lo irresoluto del cristiano que le era
desconocido el sitio donde se encontraba, puesto que
descabalgó, dejó su corcel á su escudero, y se diri-
gió indeciso á la subida de la senda que conducía á
la entrada de la gruta.

Los ojos de Muza se dilataron; su entrecejo se
frunció, y su mano apretó convulsiva la empuñadu-
ra de su espada.

—Este perro infiel, dijo para sí, es sin duda algazaz de los nazarenos ; pero, por el santo nombre de Allah, que ha de valerle mucho su espada si llega á trocar su palabra con el santón de la grande aljama.

Y Muza armó un venablo en su arco y le asestó en direccion al cristiano, que subia entonces el sendero á poca distancia de la enramada en que estaba oculto.

Pero el pensamiento de que matando á aquel hombre tal vez malegraria la ocasion de descubrir un secreto importante, le hizo variar de ataque, y se arrojó con la espada desnuda sobre el caballero, gritando en árabe á su esclavo :

—¡Acbakr, al escudero !

El esclavo, atento como su señor á lo que acontecia, se lanzó sobre el escudero, le derribó y le rindió ; Muza, que comprendia y hablaba el castellano, como muchos de los caballeros moros de aquel tiempo, puso la punta de su espada al pecho del cristiano, y gritó :

—¡Yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan !

—¡Mientes ! repuso el cristiano retrocediendo un paso ; Muza Ebn-Abil-Gazan no atacaria á un enemigo cuya espada estuviese aun en la vaina.

El generoso emir bajó la espada instantáneamente, avergonzado de aquella reconvencion, y contestó :

—No, pero no reusa matar sin compasion y sin combate á los traidores que al amparo de la noche y por caminos estraviados vienen en busca de traidores, cristiano, porque tú no eres ni caballero ni leal, sino un perro infiel que vive del engaño.

—Nada te importa, contestó el nazareno, lo que

yo sea, pero sí dejarme paso, á no ser que prefieras el que me lo abra yo.

Y el encubierto, en cuyo manto conoció Muza la cruz de Santiago, desnudó su espada en actitud de acometer al emir.

—Aqui no, dijo este trémulo, de odio; estamos en terreno pendiente y te llevo ventaja. Desciende al llano.

—Si por Dios, contestó el otro, y se lanzó á través del barranco y de la maleza al lecho del rio y á un sitio donde, sobre terreno firme, alumbraba la luna un claro del bosque de álamos que orlaban la ribera.

Los dos partieron por igual la luz, y se acometieron en silencio.

El cristiano era valiente, fuerte y sereno; esgrimia su espada con gran maestría y se adargaba de un modo impenetrable. Muza era ligero, fuerte, veloz como un relámpago; é incansable en el ataque; las adargas gemían bajo el peso de los golpes, y fuego livido y silvador surgía del choque del acero contra el acero.

Ni una sola palabra se cruzaba de combatiente á combatiente; un solo testigo, inmóvil y silencioso, presenciaba el combate: era Aebakr el esclavo, que despues de haber desarmado y atado con su propia faja al escudero, fijaba en su señor la vista indiferente del que cree seguro el triunfo.

Y en verdad, algunos momentos despues, enojado Muza de la duracion del combate, no queriendo por otra parte inutilizar á su enemigo, le esperó cuando venia con la espada en alto, replegóse en sí

mismo, arrojó su espada, lanzóse á él con los brazos abiertos, le aferró y derribó en tierra.

Con una rapidez y una agilidad increíble levantóse sobre el cristiano, le puso sobre el pecho la rodilla, y gritó con voz terrible, mientras introducía por el falso del coselete la punta de su puñal de misericordia:

—¡Ríndete á Muza, nazareno, ó eres muerto!

—Si, me rindo, leal y cumplidamente, contestó el cristiano; me rindo porque te conozco, Muza, en el peso de tu rodilla y en la fuerza de tus brazos.

—Sin condiciones, añadió Muza.

—¿Para qué las quiere quien se rinde á un caballero? contestó el cristiano.

Muza se levantó de un salto y dió la mano á su enemigo que se puso de pié, le entregó su espada y se descalzó el yelmo.

El emir dió un grito de sorpresa al ver el semblante del cristiano, y se desprendió la toca, cuyo extremo para no ser conocido habia levantado hasta sus ojos, y exclamó tendiendo la mano al nazareno:

—¡Capitan Gaston de Vargas! ¡Bendito sea Allah que me concede estrechar tu mano, valiente mancebo, sin haber vertido una sola gota de tu sangre!

El capitan Gaston era un jóven que apenas contaría veinte años; su semblante era blanco y mate; sus ojos negros, su cabellera blanca; hermoso como una dama, era fuerte como un leon, y la generosidad y la nobleza se leían en su frente tranquila y alegre como la de un niño.

—¡Ah! ¡eres tú Muza! exclamó, ¡valiente emir! si ordenas á tu esclavo que suelte á mi escudero Gar-

cés, á quien oigo blasfemar entre los árboles, te provaré que siempre van conmigo el recuerdo del dia en que te conocí en la vega.

Muza hizo una señal á Acbahr, que obediente como un perro se alejó y trajo consigo á Garcés.

—¡Mi pica! exclamó el capitán Gaston.

Muza se sonrió, y dijo al esclavo en árabe:

—¡Mi pica, Acbahr!

El esclavo y el escudero tornaron á poco trayendo las dos armas. La del capitán Gaston de Vargas era una joya de inestimable valor; tenia el asta de ébano, las guarniciones de oro y el hierro corto y luciente fabricado en Damasco estaba orlado de diamantes; el pendoncillo era de tela de oro, y en el centro de él, sobre un escudo, en una banda diagonal, se leia en caracteres cúficos este mote: *Billah wa bilmalik*. (*Por Allah y por el rey*).

La pica de Muza era una verdadera pica de batalla, con asta de roble, guarnecida de acero, y un fuerte y agudo hierro de Toledo: en su bandera se leian estas solas palabras: *Por Dios, por el rey y por mi dama*.

—Y bien, dijo Gaston de Vargas tomando la pica de ébano de manos de su escudero, ¿conoces esta prenda?

—Sí, contestó Muza, es mi lanza damasquina, que troqué con la tuya de Toledo, capitán Gaston, como prenda de hidalga y leal amistad el dia en que me ayudaste contra los infames asesinos del infante Sidy Alhamar en los olivares de la Azubia. Es la buena lanza real, que de rey en rey ha venido hasta mí, y que yo te entregué como una señal por la que po-

dria reconocerte en el combate, y me haria desviar la pica de tu pecho, como la tuya debia hacerme conocido de tí; pero Dios es incomprendible y ha permitido que nos encontremos en hora fatal, desprovistos de esas señas y empeñados en una misma empresa.

Muza enlazó su brazo al del capitan, y sin perder de vista la entrada de la gruta, se alejó con él hasta una distancia en que no podia ser oido de los escuderos.

—Nunca olvidaré, dijo Muza al castellano, que te debo la vida y tal vez la honra, Gaston; y esa deuda sagrada para todos, y mucho mas para un caballero á quien llaman el bueno y el leal en Granada, la de los valientes, será pagada por mí con el amor de un hermano, con la solicitud de un soldado.

El capitan estrechó con emocion entre sus manos una mano de Muza.

—Príncipe, la fama de tu nombre vuela hasta el centro de nuestros reales, y no hay uno solo de los hombres de guerra castellanos desde Hernando del Pulgar hasta Gonzalo de Córdoba, que no tuviesen en mucho el medirse contigo, y que no se declarasen vencidos lealmente en un azar de guerra, cuando como yo se hubieran dejado despedazar antes que entregar sus espadas á un escuadron de vuestros bravios alfarazes (1). Por eso, príncipe, yo me declaro tu cautivo en buena y leal batalla, y me pongo á tu merced.

Muza movió tristemente la cabeza, y asiendo á

(1) Caballeros de lanza y espada.

su vez las manos de Gaston, le dijo con el acento del mas dulce reproche :

—No, tu no eres mi cautivo. Pero ¿ por qué mi hermano de batalla viene con la noche á buscar á los traidores enemigos de Granada? ¿ Por qué no deja, él, que es tan cumplido caballero, ese ejercicio deshonoroso para los rufianes y la gente menuda de sus reales ?

Gaston de Vargas conoció lo justo de la reconvenccion y se sonrojó.

—Y ya que el espíritu tentador, continuó Muza, ha oscurecido su espíritu, por qué no dice á su hermano : « Muza, aqui está el peligro, alli los traidores, mas allá la celada ; » porque la guerra, capitan, la guerra entre reyes y caballeros debe ser una lucha leal, de espada contra espada, de sangre por sangre ; pero no de traicion á traicion.

El capitan callaba, la exaltacion de Muza crecia.

—¡ Que vengyan y arrimen escalas á nuestras murallas ! gritó : ¡ que desplieguen en campo abierto, en número igual, caballero por caballero, lanza por lanza, peon por peon, bandera contra bandera, la enseña de Santiago por Castilla delante de la del Islam por Granada ! ¡ Son poco generosos, poco hidalgos ! continuó Muza, cuya exaltacion crecia ; ¡ utilizan las discordias intestinas de mi pueblo, nos cercan de traidores, recogen en sus reales á esos infames abencerrajes, que impulsados por los hijos de Abou'l-Hasan y de Zoraya, han vuelto la espalda á su patria, á su rey y al Dios de sus padres ! ¡ Y no han enviado sus traidoras cabezas á Granada en prenda de lealtad ! ¡ Y no contentos aun, arman con el puñal y el vene-

no á los miserables que aun moran encubiertos tras de nuestros muros! ¡Por el santo nombre de Allah! ¡por el profeta! ¡por la piedra de la Kaaba! que si un escuadron de cristianos se me hubiese ofrecido contra sus reyes, yo los hubiera tornado azotados y escarnecidos á sus señores naturales. Muza puede y quiere retar, y reta de solo á solo, de dos á dos juntos si asi les place, á los Pulgares, á los Leones, á los Córdoba, á los Toledos, á los Mendozas, al mismo príncipe don Juan y hasta el rey don Fernando; Muza puede morir como caballero, pero deshonrarse como villano, enviar asesinos al real de sus enemigos, ¡nunca, capitán Gaston! ¡nunca!

La aureola del heroismo brillaba en el semblante de Muza; el castellano se sintió dominado, y tuvo impulsos de prosternarse ante la majestad del valor y de la desgracia; ante el hombre que con tanta nobleza reprochaba la conducta de sus enemigos.

—Muza, le dijo, te engañas; mis señores don Fernando y doña Isabel, los nobles que has nombrado, los caballeros que no han tenido la honra de vivir en tu memoria, te hacen justicia, emir, y te respetan. Tu lanza, el arma invencible con que premiaste una acción que en mí no era otra cosa que un deber de caballero, ha sido blandida con orgullo por ese mismo rey don Fernando, por el príncipe don Juan y por las reales manos de doña Isabel, que ruega por tu vida al Dios crucificado, y te llama el único y valiente caballero de Granada. ¡Muza! los hombres como tú son héroes, y no habria uno solo de esos caballeros á quienes has retado, incluso el gran Gonzalo de Córdoba, que no cambiase su lanza á la ma-

no siniestra si te encontrase en batalla, y pasase saludándote con amor ; porque los valientes y los generosos son hermanos, y no puede haber sangre entre ellos.

—Sí, contestó Muza con amargura , pero enviaron contra mí una veintena de lanzas traidoras, que me acometieron solo y mal armado, que á no ser por tí y tus escuderos hubieran acabado conmigo, y me hubieran dado una muerte desesperada y sin gloria. ¡Oh! tú no sabes como yo las viles arterías con que atizan el fuego que arde en el corazon de Granada; tú no sabes que en esta guerra vale mas un mal espía que una buena espada.

—Cosas son esas del infante Sidy Yahye que te aborrece, emir, contestó Gaston, no de mis señores. Cuando supieron que habia ensangrentado mi lanza por tí, cuando mis escuderos estendieron por el real la nueva de la escaramuza, los reyes me llamaron, me dieron á besar su mano, me otorgaron, á mí, simple hidalgo, una compañía de arcabuceros, y esta cruz de Santiago es un recuerdo de aquel dia. ¿Qué mas pruebas, Muza, de que si no te aman al menos te respetan?

—Orgullo y falsía, contestó el tenaz Muza; tú mismo eres un testimonio ; yo te he sorprendido trayendo sin duda un mensaje para un hombre sospechoso; para uno que se llama sabio y Faquí, y que Allah me confunda sino es un perro infiel renegado de Dios.

—Es verdad, dijo Gaston , que traigo letras , no sé de quien, para un hombre que mora en el fondo de esa gruta ; pero por mi alma que no aliento otro deseo que conocer á una mujer que he oido pon-

derar y que mora en ella ; además , he prometido á la princesa doña Isabel de Portugal entregarle mañana esa mora cautiva, y ya ves que en esto no hay mas que una aventura caballeresca, cuyos medios podrán ser, si se quiere, un tanto dudosos para un hidalgo. Esta es la verdad.

—¡Una mujer! exclamó Muza, á cuya memoria vino lo que se le habia anunciado en la vision de los Siete Siglos ; ¿y quién ha podido decirte que esa mujer es hermosa y que mora en esa gruta?

—El infante Sidy Yahye, contestó Gaston.

—¡El infante Sidy Yahye! murmuró Muza, ¡el hermano del infante Sidy Alhamar! ¡Oh, bien puede ser! ¿Y cómo aconteció, Gaston?

—Estaba ayer de guarda con otros caballeros en las tiendas del rey ; me habia tocado el servicio de atalaya real y me apoyaba en tu lanza , cuando pasó cerca de la tienda el infante á caballo acompañado de algunos ginetes. Detúvose junto á mí, me miró con insolencia, y me dijo sin destocarse ante el pendon real que ondeaba sobre la tienda.

—Rica lanza gastais, hidalgo, y pardiez que bien quisiera medir esa prenda real con mi pica de infante.

Yo no contesté al reto, sino que le dije afianzando mi arma :

—¡Saludad á Sus Altezas!

Por toda contestacion Sidy Yahye, rojo de cólera, dirigió á mí su caballo levantando su látigo.

—¡Por Satanás! murmuró Muza; ¿y no le tendiste á tus piés?

—Satisficeme arrancando con la punta de la lanza la gorra de la cabeza del infante. Y á no ser por-

que á punto apareció en la puerta el principe don Juan, no sé á donde hubiéramos llegado. Pero todo concluyó por el momento con su presencia. Uno de sus pajes entregó la gorra á Sidy Yahye, que saludó al príncipe, me lanzó una mirada colérica, aguijó su caballo y pasó con sus ginetes.

Poco despues un escudero del infante llegó junto á mí, y entregándome un guantelete, me dijo:

—El infante, mi amo, espera recogeros esta prenda al medio dia como caballero en los ojos de Gue-tar, si no faltais al plazo como villano.

Por toda contestacion recibí el guante y lo puse en la punta de mi pica. Habian sido testigos de esta aventura muchos de mis camaradas, y como se acercaba el medio dia, uno de ellos ocupó mi puesto, y con una excusa me retiré de la guarda.

Pero los duelos están severamente prohibidos entre nosotros, y apenas habia puesto las herraduras de mi caballo fuera del real, cuando mi primo Garci Perez de Vargas, acompañado del buen don Iñigo Lopez de Mendoza, nuestro padrino, y de muchos hidalgos y mesnaderos, me cercaron, me hicieron notorio que los reyes tenian conocimiento de la querrela, y que era prudente diferir por entonces el plazo, hasta que pasados algunos dias pudiera verificarse con sigilo. Redujeron asimismo con buenas razones al infante Sidy Yahye, y como el lance y la provocacion habian sido demasiado patentes, se tuvo por bien que nos reconciliásemos en la apariencia, y que comiésemos juntos en las tiendas de Garci Perez de Vargas.

Asi se hizo, dejamos los arneses y nos sentamos al

par en una misma mesa; circuló el vino en profusion; primero salieron á cuento lances de guerra, luego vinieron los lances de amor; cada cual ponderó los encantos de sus damas, y no hubo estrella ni lucero que no fuera pospuesto á alguna mujer de ojos negros ó azules; el infante bebia y tornaba á beber, hasta que al fin se apoderó de él la embriaguez.

Entonces nos habló de una mujer á quien llamaba unas veces hada, otras, según dijeron algunos que sabian hablar en arábigo, *Sol de la hermosura* (1). Dijonos que el hombre que poseyese su amor seria invencible, y como los que están ébrios hablan lo que tal vez luego les pesa, añadió:

—Y si alguno dudase de lo que digo, vaya si es valiente á la gruta que conduce á la morada de esa hermosa.

Todos le preguntaron el sitio.

—No muy lejos, contestó el infante, sino en el lecho del rio Dauro, á una carrera de caballo de la Alhambra, en un barranco como se sube á la izquierda de la corriente.

Barbotó algunas baladronadas, y vencido por la embriaguez se durmió.

Todos creyeron un sueño la existencia de una mujer tan preciada que habia alcanzado por nombre *Sol de la hermosura*, y que moraba en un asilo tan miserabile como una cueva; pero no sé porque yo, que nunca he creído en cuentos, creí enteramente lo que la embriaguez habia hecho salir del alma del infan-

(1) *Schamsul-Ilemal*, en árabe.

te, y juré ser yo el que habia de saber la verdad del dicho.

La noticia de la existencia de la ponderada hermosura corrió en el estrecho recinto del real, y todos supieron que yo habia adoptado la empresa.

Y así lo hice; cuando el sol se ponía, mandé á Garcés enjaezar los caballos, ceñí mi arnés de guerra y salí del real.

A poco trecho encontré á la princesa doña Isabel, que habia salido á esparcirse con sus dueñas y escuderos, y á quien debí la honra de que me dirigiese la palabra.

—¿Qué es esto, capitán Vargas, me dijo, vais á buscar un sol cuando otro se pone?

—Juro á Vuestra Alteza, la contesté, que mañana ese sol ha de brillar entre vuestras damas, ó he de ser cautivo.

—Aceptó, caballero, me dijo la princesa; pero cuidad de vuestra vida, no sea que ese ponderado sol nos cueste uno de nuestros mas queridos vasallos.

Saludé respetuosamente á la princesa, y partí; y éteme aquí, emir, empeñado en una aventura, sin guía, tras un objeto quizá falso, espuesto á vuestros corredores y perdido entre el cauce del río; pero hay sin duda un Dios que protege á los locos y á los enamorados; no habia andado muchos pasos cuando sentí el galope de un caballo; ocultámonos por prudencia entre los árboles yo y mi escudero, y esperamos. Muy pronto un ginete se detuvo delante del sitio donde estábamos apostados, y echó pié á tierra para apretar la cincha á su caballo, azar afortunado que me dejó conocer en el ginete al escudero que

aquella misma mañana me habia entregado el guantelete en nombre de Sidy Yahye.

No era ocasion, ni persona digna de empeñar un combate singular ; me limité, pues, á salir recatadamente de la espesura con Garcés y le aseguramos por la espalda.

El escudero quiso en vano desasirse ; lo atamos con las riendas de su caballo á un árbol, y yo le interrogué.

—¿Tú eres el escudero del infante Sidy Yahye? le dije.

—Sí, me contestó.

—¿A dónde vas?

—No sé, repuso ; pero al sentir la punta de mi daga en su garganta me dijo :

—Llevo un mensaje de mi señor para su hermano Sidy Alhamar.

—¿Y dónde vas?

—A Guadix.

—¡Mientes! vas á una cueva que está á poca distancia de aqui, en las márgenes del rio, le contesté, amenanzándole de nuevo.

Entonces el temor de la muerte le hizo confesármelo todo, y me entregó este pergamino rodado y sellado.

Gaston de Vargas sacó de su escarcela un pergamino enrollado, y lo entregó á Muza.

—Ahora bien, príncipe, añadió el capitan, ¿crees que Gaston de Vargas manche el hábito de Santiago siendo espía de los suyos?

—No, no, capitan, perdóname, contestó Muza con emocion abrazando al jóven, habia pensado mal de tí

cuando el destino es quien te trae. Pero ese hombre tendria alguna seña para abrirse paso : dímelas.

—Si, contestó el capitan, me dijo que llegase hasta el fondo de la cueva, y que diese un golpe en una piedra que encontraria en el suelo. Que me contestarian preguntando desde adentro : *Yugo ó espada*; que debia contestar : *Tanto monta*, y que una puerta se abriria ante mí.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! Gaston, exclamó enajenado de alegría Muza, porque sin tí imposible me sería dar cima á una importante empresa. Mira, no eres mi cautivo, pero quiero tenerte algun tiempo conmigo en mi alcázar, abrirte mi harem, ofrecerte mis tesoros. De todos modos no puedes volver sin esa mujer á Santafé, porque dudarian de la verdad de tu dicho viéndote volver ileso ; por otra parte, mis adalides cubren á estas horas todas las avenidas de la ciudad y podrias caer en una celada. El enemigo te declara libre, pero el amigo te prende.

—En buen hora, contestó Gaston, acepto; pero es preciso que se sepa de mí en los reales.

—¡Acbakr! gritó Muza.

El africano se acercó á su señor.

—Conduce á mi hermano y á su escudero á mi alcázar ; toma mi anillo y muéstralo á los guardas de Bib-Guadix, que os franquearán el paso. Y atiende bien, cuando llegues despierta á mi katib (1), muéstrale tambien el anillo y en mi nombre haz que escriba un pergamino..... ¿para quién, Gaston?

(1) *Secretario.*

—Para don Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla.

Muza repitió al esclavo, hasta hacérselo aprender de memoria, el nombre dictado por el capitán, y añadió:

—Que se diga á ese caballero que el capitán Gaston de Vargas queda como huésped durante algunos días en mi alcázar, y que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan solicita licencia para él de Sus Altezas los reyes de Castilla y Aragon. Que enrode el pergamino y lo perfume, y que penda de él con hilos de seda mi sello de oro.

Al amanecer mi alferez, acompañado de cuatro escuderos, llevarán este mensaje al real cristiano, acompañado del presente de uno de mis mejores caballos de Persia, de un broquel, una jacerina y un alfanje de Túnez.

Tú, que eres sagaz y entendido, Acbakr, no olvides una sola de mis palabras, y cúmplelas como has cumplido otros empeños mayores, si amas tu cabeza.

El esclavo se inclinó.

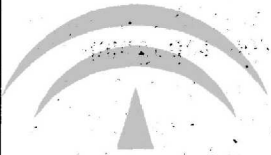
—Ahora troquemos nuestras armas, Gaston, porque mi empresa es demasiado conocida para que me importe disfrazarme.

El trueque se hizo en un momento, y despues de haberse saludado afectuosamente, Gaston, precedido de Acbakr y seguido de Garcés, montó á caballo, y se alejó á lo largo del rio.

Muza esperó, hasta que el sonido de sus pasos se perdió en el silencio, y luego entró en la cueva.



VII.



Era esta estrecha, profunda y oscura; multitud de aves nocturnas despertaron al ruido de los pasos de Muza y se lanzaron por la grieta, en tanto que el emir adelantaba perdido en la sombra, sirviéndose como de tiento de la punta de su espada.

Al fin chocó en una pared, y sus piés tropezaron en una piedra colocada sobre el húmedo suelo, y sobre la cual, siguiendo las instrucciones de Gaston, dejó caer con fuerza el pomo de su espada.

El eco retumbó sonoro, vibrante, perdido á lo lejos como en las revueltas de una mina.

Pasó un gran espacio de tiempo, durante el cual Muza llamó tres veces; al fin una voz robusta, sa-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

liendo al parecer de la tierra, dijo en mal castellano:

—¿Yuyo ó espada?

—*Tanto monta*, contestó alterando su voz el emir.

Oyóse poco despues rechinar ásperos goznes, las tinieblas dibujaron algunas líneas de luz, y al fin se rompieron al girar de un fragmento de roca, que se abrió lo bastante para dar paso é un ginete.

Un hombre cubierto con un albornoz, llevando una lámpara en la mano, con el rostro cubierto por el extremo de la toca, y armado de una pica corta y de ancha cuchilla, apareció ante el emir, cuyos ojos se fijaron en el introductor tras las espesas barras del yelmo de encaje del capitan Gaston.

—¿Quién eres? le dijo, prosiguiendo en mal castellano el hombre de la lámpara.

—Un caballero cristiano, contestó con repugnancia Muza.

—¿De dónde vienes?

—Del real de Santafé.

—¿Quién te envia?

—El infante Sidy Yahye.

—¿A quién buscas?

—Al infante Sidy Alhamar, contestó Muza á la ventura y echando recatadamente mano al pomo de su espada bajo el manto.

—Muy allegado debes ser del que te envia, puesto que te ha revelado ese nombre.

—¡Mucho! contestó Muza, procurando dulcificar en vano lo sombrío de su acento.

—¡Sigueme!

El emir adelantó, y la puerta se cerró con estruendo.

Y el hombre de la pica empezó á andar rápidamente á lo largo de la mina, cortada á pequeños trozos por altos peldaños abiertos á pico. Y subian por aquel largo y estrecho subterráneo, que cada vez se hacia mas pendiente, y no cesaron hasta despues de una hora de marcha, y delante de una puerta de hierro, que el que guiaba tocó con el cuento de su pica.

La puerta se abrió.

Un vestibulo, sostenido por arcos árabes y alumbrado por una lámpara, dejó paso á Muza y su guia hasta otra puerta ensamblada con todo el gusto y la riqueza de los adornos orientales.

Aquella puerta se abrió como la primera, y Muza pudo ver un magnífico aposento circular, cuya bóveda de estalácticas, pintadas con los mas vivos colores y matizadas de oro, estaba sostenida por arcos festonados, sobre columnas de alabastro.

Y aquel retrete no era un subterráneo puesto que en sus alamíes habia agimeces y puertas, y que á través de los transparentes de la cúpula penetraba el leve rumor del ramaje de árboles cercanos, impulsados por las brisas de la noche.

Cuando hubieron llegado alli, el hombre del albornoz dejó la lámpara sobre un pedestal de pórfido, arrimó á él la pica, y sentándose fatigado en un divan, dijo á Muza:

—Reposa, cristiano, y cuando vuelvas á Santafé di que has visto en sueños uno de los retretes del palacio de Hiram.

—Hay quien dice, respondió sombríamente Muza, que el emir del rey Abou-Abdallah arrolla con el

pié las alfombras de oro, y posa sus ojos en cúpulas de diamantes en su alcázar de la Alhambra.

—¡Muza Ebn-Abil-Gazan! ¡maldígale Dios! exclamó el encubierto en buen árabe. Y luego añadió en castellano: ¿y quién te ha dicho esas maravillas?

—El capitán Gaston de Vargas, contestó Muza, un hidalgo bravo y generoso á quien debe su vida el emir, y que estuvo hospedado con él como el hermano en casa del hermano.

—El lobo se une al lobo, contestó el encubierto; sin ese malsin castellano las gentes del infante Sidy Yahye hubieran acabado con Muza, y ahora los reyes de Castilla y Aragon serían dueños de Granada. Pero Eblis protege al emir, y aun vive el rey Abou-Abdallah.

Muza devoró un rugido de furor tras la visera de su yelmo.

—Pero si han sido desgraciados los del infante en esta ocasion, repuso Muza, ¿por qué no se acecha al emir cuando ronda con poca gente la ciudad?

—Mas tarde, mas tarde aun, contestó el otro fijando á través de su toca su mirada recelosa en el emir; aun aman á Muza en Granada; A'bd-el-Kerim-Zegrí, su katib, vela por él y es indómito y respetado hasta la bajeza por el pueblo: sus walies Naim Reduan y Mohamet-Ebn-Zaide le aman como á un Dios y son las trompetas de su fama; acómeter á Muza en Granada es imposible, ó al menos muy peligroso. ¿Y qué acontece en el real de Santafé?

—Allí se aguarda tambien, contestó Muza dominando la amargura de su pensamiento; se tiene mucha fe en que Granada se entregará por sí misma, y

se alientan los odios de Zoraya y de Aixa la Horra, de Abou-Abdallah y de los afectos á los infantes. Se espera escaramuzando para no fastidiarse en la ociosidad, y se cree que de un momento á otro Muza, cansado ya de tanta acechanza y de tanta traición, ataque en sus reales al enemigo y le haga ir mas allá de los montes de Loja.

Habia pronunciado con tal energía el emir sus últimas palabras, que el encubierto no pudo menos de levantarse receloso.

—Eso se dice, contestó Muza, conociendo que á pesar de desfigurar su voz el acento extranjero había cometido una imprudencia en la espresion de los proyectos que ardian en su mente; eso se dice por algunos abencerrajes adictos aun al rey; pero en el real se espera por los servicios de los infantes un próximo triunfo.

Volvióse á sentar el hombre de la toca, y siempre receloso preguntó á Muza:

—¿Y á qué os envia aquí el infante?

—Para avisar á su hermano de que se le conoce por el emir á pesar de sus barbas, su rosario de faquí y sus horóscopos de sabio; que ha sabido que esta mañana habló con él Muza en la puerta de la grande aljama del Albaicin, y que es preciso adoptar otro medio de hacerse parciales y promover motines.

La espresion recelosa desapareció entonces de los ojos del incógnito, que se levantó y tendió su mano al emir.

—Habia dudado de tí, le dijo, y mi mano no ha dejado hasta ahora la empuñadura de mi puñal; pe-

ro cuando mi hermano te ha revelado lo que solo él y yo sabemos, es porque puede disponer de tí como de un hermano. Yo soy el infante Sidy Alhamar.

Y desprendióse dicho esto de la toca, mostró al emir un semblante j6ven, en6rgico y hermoso, pero de espresion mal6vola y astuta.

—Ya sabes quien soy, dijo á Muza, desc6brete, cristiano, y que yo vea los ojos de nuestro amigo.

—Infante, votos me ligan con Dios y con mi fe de caballero; busco una mujer que he visto en sue6os, y ni aqui, ni en el campo, ni en el real, alzo mi visera hasta que la encuentre. Entre tanto que he de decir á tu hermano.

—Dile que velo y es dif6cil que me sorprendan. Dile que el sol alumbraba mi casa, pero sombrío aun; dile que todavia no quiere el destino que seamos invencibles.

Muza comprendió el sentido misterioso de la frase de Sidy Alhamar, y una brillante inspiracion pasó por su frente.

—Tu hermano padece, infante, le dijo, está ciego sin la luz del *Sol de la hermosura*, y quiere que yo la vea para que pueda decirle si aun es rojo el color de sus mejillas, y si aun sus ojos ostentan la pureza de la vírgen.

—¡Mi hermano desconfía de mí! exclamó Sidy Alhamar, en buen hora, y puesto que ha descornado ante tus ojos el velo de su alma, sigueme, cristiano, y dí al infante lo que vas á ver.

Dicho esto, Sidy Alhamar se levantó del divan, tomó la lámpara, llegó á una puerta inmediata y la abrió.

Muza se encontró en un jardín al aire libre; observó que los muros no eran muy altos; reconoció la cúpula de la grande aljama tras ellos, y sintió el paso de algunas rondas que pasaban por la calle.

Entre tanto Sidy Alhamar llegó á una galeria situada al extremo del jardín, abrió una puerta, y penetró con Muza en un vestíbulo sobre el cual una gruesa alfombra amortiguaba el ruido de las pisadas. Estaba envuelto en las tinieblas, pero le inundaba un ambiente saturado de perfumes.

Atravesáronle, y el infante levantó un tapiz.

Entonces una luz suave, pálida, encerrada en una lámpara fabricada con sutiles chapitas de nácar incrustadas y caladas en oro, halagó los ojos del emir; tapicerías de púrpura y brocado cubrían las paredes afligranadas, y festones de gasa pendían de la cúpula del retrete; envolvióle un silencio voluptuoso, y casi se percibía el tenue suspiro de la respiración de una mujer que aparecía tendida en el centro del retrete envuelta en una túnica de blanco lino sobre un diván de seda azul.

Aquella mujer no dormía, puesto que se levantó lentamente y se puso de pié.

—¿Qué buscáis aquí? dijo en árabe puro y con un acento lleno de dignidad. ¿Acaso no puede dormir la cautiva sin que su señor venga á sorprender su sueño?

Muza se acercó á aquella mujer á una indicación de Sidy Alhamar, y su corazón se comprimó de admiración, de sorpresa, tal vez de emoción. Porque aquella mujer parecía iluminar el retrete con su hermosura, con su pureza, con su juventud, porque

aquella mujer, á quien llamaban Schamsul-llemal (*Sol de la hermosura*), era á los ojos de Muza una hurí, como él las había visto en sus sueños de creyente.

El todo de aquella mujer era indescribible, no se espresaba, se sentia, ó por mejor decir, se aspiraba por todos los sentidos.

No podia dudarse de su pureza ni de la paz de su corazon; era altiva, pero con majestad; severa pero sin enojo.

—Hela ahí, cristiano, le dijo el infante; si mi hermano duda, dile que la has visto; y si su hermosura te ha conmovido, pide á Dios que te haga morir, porque la desesperacion será contigo.

—¿Quién es esa mujer? exclamó Muza asiendo un brazo del infante.

Sidy Alhamar se hizo atrás, pero el emir le tomó la puerta.

—¿Quién es esa mujer? repitió con voz de huracán Muza.

El infante puso mano al pomo de su puñal, y gritó:

—¿Y quién eres tú que asi me preguntas con acento de amenaza?

—He visto la mujer que buscaba, traidor; contestó el emir, y ya puedo darme á conocer. Mirame bien, añadió en árabe levantándose la visera; yo soy Muza Ebn-Abil-Gazan.

Sidy Alhamar solo contestó con un rugido, quiso defenderse con las tinieblas y apagó su lámpara, pero quedó aun la otra de nácar suspendida de la cúpula fuera del alcance de su mano, y se arrojó no teniendo otro medio, con el puñal en alto sobre el

pecho del emir ; pero la armadura milanesa de Gaston de Vargas hizo saltar la hoja.

Entonces se trabó una lucha estraña ; Sidy Alhamar arrojó al emir los búcaros, los pebeteros, todo cuanto halló á la mano, en tanto que Muza le acometia espada en alto ; replegado al fin tras el divan como tras una muralla, evitaba los golpes de la espada de Muza y se lanzaba á él, pretendiendo asir sus piés como un lobo rabioso.

Y la lucha se prolongaba: defendido el infante por el divan, sirviéndose cual de una adarga de uno de sus almohadones henchidos de plumas, buen parador, incansable y ligero, resistia los golpes de Muza, que en uno de sus ataques tropezó con la punta de su espada en la lámpara de nácar y la apagó.

Envuelto en las tinieblas dejó de acometer, bajó la punta de su espada temeroso de herir á Schamsullemal, y en tanto Sidy Alhamar ganó la puerta y la cerró.

Muza corrió tambien á ella, pero era muy fuerte y no la pudo romper.

—¡Por aqui, emir! dijo la voz dulce de Schamsullemal, mientras se escuchaba en el jardin la ronca voz del infante que llamaba á sus esclavos ; ¡por aqui! yo en mi larga cautividad he buscado muchas veces una salida, he dado golpes haciendo resonar las paredes, y aqui hay un agimez tapiado que ha resistido á mis fuerzas, pero que cederá á las tuyas.

Entonces Muza recordó haber visto la torre con los agimeces tapiados frente á la grande aljama ; recordó que estaban poco elevados, y buscó á ciegas por el sonido de la voz á Schamsullemal, que le

asíó por la mano y le hizo tocar el sitio de la pared, que habia encontrado mas resonante y por lo tanto mas débil.

El emir levantó en alto la adarga de hierro del capitán Gaston y dió con ella de punta en la pared; al tercer golpe derrumbóse y penetró por la abertura la luz de la luna, que alumbraba la plaza de la grande aljama.

—¡Pronto, Muza! exclamó Schamsul-llemal oyendo los pasos precipitados de Sidy Alhamar, que atravesaba con gran tropel de esclavos el jardín; ¡pronto!

Muza desciñó la faja de la jóven, asíó uno de los extremos á su talle y la descolgó á la plaza; luego cuando ella soltó el extremo á que estaba asida, el emir aseguró el otro á la columna del agimez y se deslizó en la plaza.

En el momento en que ponía los piés en tierra, una cabeza furiosa apareció en la abertura del agimez, y el infante Sidy Alhamar gritó furioso mostrando los brazos estendidos y los puños crispados:

—¡Emir! ¡emir! ¡Por la sangre de mi padre, acuerdate del infante Sidy Alhamar!

Muza rugió de cólera: se le escapaba uno de los traidores, á su vista, sin que pudiese evitar su fuga.

Oyéronse pasos acompasados en una de las calles próximas, y poco despues la luna reflejó en las armas de algunos soldados moros que rondaban precedidos de un alwacir.

Schamsul-llemal se cubrió con el velo y asíó el brazo del emir, que gritaba:

—¡A mí! ¡á Muza Ebn-Abil-Gazan!

La ronda acudió precipitadamente á su voz y le rodeó.

—¿Qué ordenas, poderoso señor? dijo el alwacir reconociendo al emir á la luz de luna y saludándole respetuosamente.

—Aposta aqui, bajo ese agimez roto, diez de tus ballesteros; que se detengan y aposten tambien rodeando esta torre y estos muros cuantos hombres de armas ó musulimes pasen por la plaza; y préndase á cualquiera que salga de ese recinto, mujer ú hombre, noble ó villano. Tú, sígueme con los restantes.

El alwacir cumplió instantáneamente las órdenes del emir, que se alejaba á gran paso, llevando del brazo á Schamsul-llemal, y miró con estrañeza la abertura del agimez y los escombros que bajo él se veian; luego con otros diez ballesteros siguió á Muzza, que á pesar del arnés marchaba con una rapidez prodigiosa; la jóven le seguia, y sus pequeños piés parecia que no tocaban á la tierra; las brisas de la noche agitaban su velo, jugaban con sus cabellos y un perfume embriagador envolvia al emir; de vez en cuando éste, á pesar de sus pensamientos, lanzaba una rápida mirada á la mujer, y sus ojos cegaban ante los destellos que arrancaba la blanca luz de la luna de un joyel pendiente de su cuello.

Y asi, en este estado de escitacion, pensando en la salvacion de su patria, envuelto en el misterioso prestigio de aquella mujer casi áerea, furioso, enamorado, impaciente á la par, el emir no andaba sino que se deslizaba como impulsado por el viento, dejando tras sí á los ecos el áspero crugir de su armadura, y á las auras la suave ondulacion de la flotante tú-

nica de Schamsul-Ilemal y la deliciosa ambrosía de su aliento y de sus cabellos.

El alwacir y los diez ballesteros seguían casi á la carrera á los dos jóvenes, que parecían una visión nocturna y mágica, deslizándose á través del oscuro fondo de las callejas ó ante el rayo de la luna que cortaba á veces con una estrecha faja de luz las penumbras.

Y así sin descanso llegaron á Bib-Guadix.

—¡Alerta! gritó Muza al atalaya, que paseaba en las almenas con la pica al hombro, entonando un romance de amores; ¡alerta! ¡y á las armas!

El canto cesó, y el atalaya afianzando su pica, gritó:

—¡Alerta! ¡y á las armas!

Bajo el oscuro arco de la bóveda oyéronse confusas pisadas, crugir de armas, ruido de voces; luego el ronco redoble de un atabal resonó entre las almenas, y por tres veces, tres haces de ramaje encendido lanzaron su flébil llamarada en el adarve.

Y luego se escucharon los atabales del recinto, y lucieron sobre las puertas y sobre las torres las fogatas, y despertó Granada sorprendida al ronco estampido de alarma de las bombardas de la Alhambra.

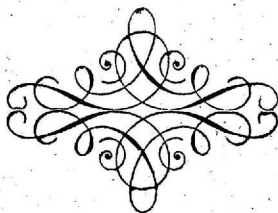
Y despertaron también las oscuras atalayas de la vega y de los montes y lucieron sobre ellas los fuegos, y el grito de guerra de Muza fué llevado instantáneamente hasta las lejanas fronteras y hasta el real de Santafé, que permaneció silencioso y oscuro.

—¡Un caballo y una lanza! gritó Muza dándose á conocer al alcaide de la puerta; ¡á caballo todos los zenetes de la guarda! ¡bajad el rastrillo y al campo!

Todo se hizo con un silencio y una rapidez que honraban á los ginetes granadinos; el alwacir con los diez ballesteros quedó guardando la puerta, y Muza cabalgó, poniendo ante sí sobre el caparazon del caballo á Schamsul-llemal, y se lanzó al galope seguido por cien zenetes sobre el camino que conducía á la cueva del rio.

Pero nada se descubrió, la puerta estaba abierta, el palacio abandonado; en el retrete donde habia encontrado Muza á Schamsul-llemal todo estaba en el mayor desórden; los pebeteros volcados habian quemado á trechos la alfombra, y sobre el divan se veian algunas gotas de sangre.

Muza tomó posesion de aquel palacio abandonado en nombre del rey; mandó abrir la puerta que antes le daba entrada por la plaza de la grande aljama; y haciendo retirar á los zenetes y á los soldados que le seguian, se tornó á su alcázar con Schamsul-llemal, cuando el alba dissipaba las tinieblas de aquella noche de aventuras.



VIII.

Al día siguiente en las plazas y en los sitios mas concurridos de Granada, no se hablaba de otra cosa que de la alarma de la noche. Pero la verdadera causa se ignoraba, y solo se sabia por el vulgo que al amanecer habia entrado por Bib-Ataubin, rodeado de lanzas, un astrólogo africano conduciendo del diestro un palafren en que cabalgaba una mujer vestida á la castellana y cubierta con un tupido velo.

Y era verdad; á la voz de alarma lanzada por Muza y repetida por los atalayas, los atabales y las fogatas de las torres, habia respondido tambien á su vez el castillo de Bib-Ataubin, y su alcaide, el va-

liente Reduan Venegas, se había lanzado al campo con sus ginetes.

Temíase una algarada de los enemigos, y el alcaide avanzó, ansioso de ginetear con los cristianos, hasta llegar á la vista del real de Santafé.

Pero á pesar de los disparos de la artillería de la Alhambra y de las llamaradas de las torres de atalaya, el real estaba silencioso y solo se veían al lejos los destellos de las armas de los escuchas apostados en los muros.

El cristiano esperaba encerrado en su campo, como el tigre en su cubil, y Reduan se tornó; pero á poca distancia de Granada, cuando el alba empezaba á esclarecer el horizonte, he aquí que los campeadores del alcaide distinguieron un hombre cubierto con un balandran negro, caminando apoyado en un baston, delante de un palafren que conducía á una dama enlutada.

Ansiosos de una presa los alfaraces agujaron sus caballos y con las lanzas bajas encerraron en una doble fila al hombre y á la mujer.

—¡Alto! les gritó Reduan Venegas.

El hombre se detuvo y la dama refrenó su palafren.

—¿Quiénes sois?

—Un viejo y una mujer que vamos á Granada, contestó el hombre.

—¿De dónde venis y cual vuestro nombre? insistió el moro.

—Eso no te diré, alcaide Reduan, contestó el viejo; pero si desconfias de mí, llévame entre lanzas al alcázar de la sultana Aixa la Horra, y por ella

sabr  el rey Abou-Abdallah quien yo soy y de donde vengo.

El feroz alcaide no preguntó mas al viejo; se limit    llevarle   Granada entre lanzas, y le condujo con la mujer al alcázar de la sultana.

Después de esto habia tornado una tranquilidad aparente; los que habian tomado las armas al grito de alarma volvieron á sus casas, y todo siguió en la ciudad el curso acostumbrado; pero los curiosos y los fanáticos buscaron en vano en la puerta de la aljama   Jucef-el-Alime, en tanto que miraban con asombro rot  uno de los agimeces del misterioso torreón, y franqueada su puerta tapiada hacia tanto tiempo.

Sombrios ballesteros paseaban delante de ella, y entraban continuamente wacires y katibes.

En tanto en el alcázar de Dar-la-Horra (1), en uno de sus mas retirados retretes, recostada en un divan, marcadas en sus ojos las huellas del insomnio, blanca y pálida como una azucena marchita, se veia una mujer, hermosa aun, aunque ya tocaba al otoño de su vida. A pesar de esto, sus ojos negros y poderosos brillaban como en la fuerza de la juventud, y sus formas se conservaban mórbidas y sus cabellos brillantes.

Su traje era sencillo, severo, de color oscuro y cubria profusamente entre sus anchos pliegues su cuello, sus brazos y sus piés; un chal de la India rodeaba su cabeza y le sujetaba sobre su frente una sencilla, aunque rica garzota de perlas.

(1) Hoy convento de Santa Isabel la Real.

Una esclava negra dormía á sus piés, echada sobre su túnica, y fuera, en el vestíbulo del retrete, se veía pasar y repasar tras la puerta ogiva, un esclavo nubio, sin otras armas que un puñal envainado entre su faja.

Un profundo silencio dominaba cerca y lejos, á escepcion del canto de los ruisseños que encerrados en jaulas doradas revolaban alegres ante los primeros rayos del sol que aparecía tras la lejana silueta de las sierras.

Las auras de la mañana penetraban por los agujeritos cargadas de los aromas de los jardines, y lanzaban blandamente el vapor de los pebeteros en transparentes espirales, hasta la matizada ensambladura de cedro, velando en un suave vapor las labores persas y los alicatados que enriquecían los muros.

Voluptuoso, impregnado de indolencia y de languidez, parecía volar allí el espíritu de los amores orientales; los transparentes estaban inundados de una luz diáfana, purísima, naciente, halagadora como debió serlo la primera sonrisa de amor de la primera mujer.

Y sin embargo, la que velaba y parecía haber velado toda la noche en el ángulo de aquel diván, se mostraba ajena á aquella naturaleza virgen y perfumada, que despertaba sonriendo; que la enviaba el suave reflejo de su ardiente sol, que la hacía aspirar sus silvestres aromas entre las alas de sus brisas, y la daba el murmullo de sus aguas y el canto de sus aves; aquella mujer inmóvil, silenciosa, sañuda, altiva, parecía tener vuelta la mirada de sus ojos fijos al fondo de su alma.

Y habia sufrimiento en aquella frente surcada ya por imperceptibles arrugas, en aquellos ojos orlados de larguissimas pestañas y coronados por anchas y fruncidas cejas, en aquella boca entreabierta y desdenosa de labios delgados y descoloridos que dejaban entrever una dentadura de perlas tenazmente cerrada; pero era un sufrimiento que inspiraba respeto y compasion, un sufrimiento lleno de majestad, imponente en su dolor.

Aquella mujer era la sultana Aixa la Horra (*la Honesta*), esposa de Abou'l-Hassan y madre del rey Abou-Abdallah.

Hubiérasela creído una estatua, á no ser por el movimiento de sus párpados y la leve agitacion de su seno: tan inmóvil y tan silenciosa se mostraba.

Un poco despues de la salida del sol, á tiempo que el nubio desaparecia en su paso ante la puerta, se dibujó en ella la forma de un hombre, que se detuvo un momento y luego adelantó en silencio sobre la alfombra que apagaba el ruido de sus pisadas.

Era el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

Estaba deslumbrante de riqueza y de hermosura; su cabeza, cubierta por una toquilla de lino y un bonete de púrpura, parecia en lo radiante y majestuosa acabada de despertar de un sueño de amor y de gloria; su caftan azul, su alquicel de brocado, su continente todo le daba el aspecto de uno de los reyes de los cuentos de hadas.

Dejó su calzado, y se adelantó hasta Aixa, cual si pisase el pavimento bendito de una aljama, se arrojó con amor sobre su túnica y asiendo una de sus manos la cubrió de amantes besos.

La sultana se estremeció; retiró su mano, como si la hubiera tocado un hierro ardiendo, y fijó su mirada profunda en la frente del emir, que la contemplaba con los ojos húmedos de amor, pero de un amor purísimo, inefable, como el que siente un hijo por una madre.

Al reconocerle la sultana Aixa recobró su expresión natural, sonrióse imperceptiblemente, y con amargura asió con sus dos manos la cabeza de Muza y le besó en la frente.

—¿Qué quiere mi hermoso y valiente hijo! exclamó la sultana levantándole de sus piés y sentándole al par suyo en el diván.

—Poderosa señora, contestó Muza, haz que nuestras palabras no puedan ser oídas, porque en lo que tengo que decirte va tal vez la honra de tu linaje.

Aixa despertó á su esclava favorita, alejó del vestíbulo al negro, y cerró por sí misma las dobles puertas de su retrete.

Luego, indolente, acompasada, majestuosa se detuvo delante de Muza, y poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—¿La honra de mi linaje, emir! ¿Acaso le queda alguna? ¿Sustenta ya la Alhambra el trono pujante de mis abuelos? ¿ó por ventura son rechazados los cristianos de nuestras lejanas fronteras; dejando en ella sus pasós marcados con sangre? ¿Crees tú que yo, la reina Aixa, nieta, prima, esposa y madre de rey, he envejecido por los años, por las enfermedades ó por los placeres? No, Muza, no; en mi frente se plegan rugas, mis mejillas están marchitas y mis labios se han descolorido por los pesares y el abandono.

—Pero aun eres, noble señora, contestó Muza, la envidia de las hermosas y gentiles damas de Granada; aun tus ojos guardan relámpagos de pasión, sultana.

—No, contestó sonriendo tristemente Aixa; no te digo esto porque yo deploro la pérdida de mi juventud y de mi lozania; es porque mis rugas son hijas de los terribles pensamientos que abrasan mi frente; es porque he pensado que mi vejez será triste y afanosa, mas que lo ha sido mi desgraciada juventud; es porque creo que mis ojos se cerrarán á luz lejos de Granada, en un pais bárbaro; donde acabaré sola, desesperada, sin un amigo que me consuele, sin un hijo que reciba en un beso de mi boca mi suspiro de muerte.

Muza movió la cabeza procurando sonreirse.

—¿Lo dudas? continuó Aixa; Oh, yo no!; Yo tengo siempre ante mí el Africa de donde vinieron nuestros abuelos, con sus arenas abrasados; con sus vientos mortíferos y sus tribus salvajes; yo veo abierta en ella mi tumba y la de mi hijo el Zogobi (1); porque un signo fatal rige nuestro destino, emir, y el sol de Granada toca ya á su ocaso entre nubes de sangre.

Muza callaba dominado por el vibrante acento de la sultana.

—¡Sí! continuó Aixa con exaltacion; ¿no lo has visto? Los cristianos han llegado al fin hasta nuestros muros, despues de haber talado nuestros campos; nuestros ginetes han sido rechazados sobre la tierra

(1) *El Desdichadillo.*

del combate, y una ciudad cristiana ha levantado sus muros y se ha rodeado de cava á nuestros mismos ojos, sin que hallamos podido impedirlo. Fernando de Aragon, Isabel de Castilla, los dos principes que han llegado á ser reyes por la muerte de sus hermanos primogénitos; mas que por el decreto de Dios, por el crimen de otros, nos acechan desde esa ciudad. ¡Oh! ¿quién sabe, Muza, si me espera el destino sangriento de Carlos de Viana y de Blanca de Navarra?

Mira, continuó la reina dejando el divan y levantando el tapiz que cubria un alhamí, dentro del cual se veía una mesa ocupada por multitud de manuscritos y sobre la que brillaba aun la luz opaca de una lámpara; mira, yo he aprendido de algunos sabios, dialectos desconocidos á nosotros; he estudiado en mi larga viudez de esposa desamparada la lengua de los hebreos, de los griegos, de los romanos, de los castellanos; he pasado noches en vela para conseguir lanzar mi vista á través de los abismos de la historia, he meditado mucho y he visto siempre el crimen y la traición en torno de los reyes. ¡Por Allah, Muza! he comprendido que un gigante de hierro se lanza sobre Granada, y he leído en su porvenir la ruina, el destierro de sus hijos, las hogueras de los infieles, y la deshonra de nuestra raza suspendida sobre nuestras cabezas; he buscado un medio de salvacion; he buscado héroes como Almanzor y Abderramen entre nosotros, y solo te he encontrado á tí, mi valiente emir, á tí á quien llamo mi hijo, porque tú eres el que vienes á romper con tu amor y tu lealtad el triste abandono de una reina y de una madre.

—Y sin embargo, exclamó Muza, á quien habia

contagiado el dolor y la régia y valiente indignacion de la sultana ; aun no se ha perdido todo ; aun tenemos fuerzas: ademas de los ginetes y de los peones, que son la flor de Andalucia, gente endurecida y acostumbrada á la guerra, tenemos veinte mil mancebos en el fuego de su juventud, que en defensa de su patria harán tanto como los mas esforzados y de mas experiencia.

—Sí, sí, contestó Aixa, la gente es mucha ; bravean y amenazan detrás de los muros ; pero en sonando un atabal se esconden en lo mas retirado de sus casas ; además la guerra civil arde ; los hijos de Zoraya, de la renegada, de la infame Isabel de Solís, fomentan los bandos y cada dia hay un nuevo motin ; cada dia se tiñen las calles y las plazas con sangre musulmana ; y mira, añadió Aixa asiendo una mano de Muza y bajando la voz con misterio ; janoche tuve una vision funesta, terrible

El emir palideció, fascinado por un terror supersticioso, ante la sombría y penetrante mirada de la sultana.

—Sí, continuó Aixa ; paseaba yo en mis jardines ; empezaba la noche y la luna brillaba sobre la corriente de las aguas ; estaba sola ; no se percibia otro ruido que el murmullo de las fuentes y el rumor de las hojas: ruido soñoliento que entristeció mi espíritu, que enlanguideció mi cuerpo, que me hizo sentar sobre el césped y cerró mis ojos. Luego cubrió mi inteligencia un manto de tinieblas, despues ví un desierto opaco, sin luz ni sombra, sin cielo ni horizontes.

Un jóven leon, fuerte y valiente, pasaba á través

del desierto; yo amaba aquel leon de brillante guejea, de mirada noble, de continente majestuoso, porque veia en él el símbolo régio de la lealtad y de la bravura.

El leon penetró en una oscura selva, y le ví unirse á siete viejos leopardos negros de miradas feroces y con las cabelleras manchadas de sangre; y el leon habló con ellos, y ellos le acompañaron hasta una oscura gruta.

Y en aquella gruta habia una blanca y gentil gacela guardada por un lobo, y el leon ahuyentó al lobo, y libró á la gacela y la amó.

Pero la gacela fascinó al leon, y un cobarde milano arrojó tósigo sobre el camino del leon, y el leon pereció, y pereció la gacela, y el lobo se cebó en su sangre, y el milano huyó á remotas playas.

Y yo quise en lo recóndito de mi espíritu conocer el sentido de la vision, y rasgóse el velo de mi mente. Y ¡oh Muza! tú eras el leon, la gacela una virgen pura y bella, el milano el rey Abou-Abdallah, y el lobo, el miserable, el traidor, el hijo de Zoraya, el infante Sidy Alhamar.

Y desperté, Muza; y como si mi sueño hubiese sido un presagio funesto, escuché el estampido de alarma de las bombardas de la Alhambra, y el redoble de los atabales, y la carrera y los gritos de los soldados. Huí del jardin, y desde entonces estoy aqui, aterrada, sin que halla besado el sueño mis párpados, con la desesperacion en la frente y el dolor en el corazon.

Muza se habia levantado y paseaba agitado por el retrete; su paso lento, fuerte, marcado; lo sombrío de sus ojos, lo fruncido de su entrecejo, le asemeja-

ban al jóven y valiente leon que habia visto la sultana en sueños.

—Tambien ante mí ha pasado una vision siniestra, madre mia, exclamó Muza con profundo acento, sin dejar su paseo circular ; tambien yo he visto rasgarse ante mí el velo del destino ; y esa terrible vision es la que me trae á tu lado, porque tú, sultana, estás envuelta en ella , porque en ella está tal vez la honra de tu linaje.

Y Muza relató brevemente á Aixa cuanto le habia acontecido la noche anterior , desde la salida de su alcázar hasta su vuelta á él.

Luego sacó lentamente de entre su faja el cofrecillo de ágata, y mostró á la sultana las siete hojas de laurel ensangrentadas.

—¡Siete dias de amor, la dijo, por siete siglos de sangre ! ¡Oh ! ¡y yo la amo, Aixa , como nunca he amado, y siento mi ser lleno de su ser , y mi sangre arde y se estremece ante esa hermosura que guarda el destino de mi patria ! ¡hemos alcanzado un horóscopo fatal ! ¡necesitamos talismanes para vencer la traicion ; mas que soldados tenemos que ser amantes ! ¡Oponemos el engaño al engaño ! ¡Por Allah, que casi estoy resuelto á romper de frente con mi destino, á ordenar mis leales almogawares y á lanzarme con ellos sobre ese real insolente ! ¡Oh ! ¡ por qué no he sido yo rey de Granada !

En aquel momento dieron un respetuoso y recatado golpe á la puerta del retrete.

Muza llegó á ella y la entreabrió.

—Poderoso señor, dijo prosternándose un esclavo, ha largo espacio que un astrólogo acompañado

de una dama encubierta, demanda la honra de besar las huellas de los piés de la sultana (á quien Allah bendiga), y ahora añade impaciente que si no se cumple su deseo tal vez peligre el reino y la misma sultana.

Muza, irritado por la insolencia del mensaje, abrió la puerta para lanzarse fuera, pero le contuvo Aixa.

—Que espere ese hombre, dijo al esclavo que se retiró.

—¡A este punto hemos llegado! exclamó Muza inclinando la cabeza con dolor; los astrólogos y los juglares se creen con derecho á impacientarse en los alcázares de sus reyes.

—Hace mucho tiempo que no lo somos, emir; ¿acaso no oyes todos los dias al populacho insultar á mi hijo? ¿no han apedreado las puertas de su alcázar? Cuando volvió de su vergonzoso cautiverio despues de la rota de Lucena, ¿no encontró ocupada la Alhambra por su tío Abdallah-al-Ssagar? yo envuelta en las tinieblas ¿no le abrí un postigo del Albaicín, cual hubiera podido á un bandido ó á un contraventor de la ley? No, Muza; el divan de Granada no es otra cosa que una púrpura rasgada por las guerras civiles y manchada por la traicion.

Y vete, tal vez ese hombre que aguarda sea un vasallo leal, tal vez venga á noticiarme alguna nueva rebeldía.

Muza iba á salir, pero se detuvo súbitamente como quien recuerda algo importante.

—Estoy loco, dijo, mi cabeza arde y se envuelve entre tanta y tanta emocion, sultana; habia olvidado el objeto que me trajo ante tí.

Y sacó de entre su faja el pergamino que le habia

entregado Gaston de Vargas, escribió por el infante Sidy Yahye á su hermano Sidy Alhamar, y le mostró á la sultana.

Aixa le desenrolló y leyó.

A medida que adelantaba en su lectura, su frente pálida se enrojecia, sus ojos lanzaban relámpagos de furor, su seno temblaba, y sus manos crispadas estrujaron al fin con una rabia infinita el pergamino.

Pero instantáneamente aquel furor desapareció, su frente tornó á su palidez natural, y sus ojos dejaron su expresión bravia.

—¡Muza! ¡valiente hijo mio! le dijo: el destino te trae junto á mí; corre; sal por esta puerta, atraviesa la galeria, llega al otro retrete y levanta la alfombra del divan; luego cuenta en el pavimento las baldosas desde el ángulo oriental hasta siete, levanta con la punta de tu puñal la última, en que está grabada una invocacion á Allah, saca un cofrecillo de hierro que hallarás bajo de ella; sal por un postigo del muro, y espérame en tu alcázar.

Muza, demasiado caballero para pretender inquirir mas de lo que se le confiaba, besó las manos á la sultana, tomó su calzado, y salió del retrete por una puerta opuesta á aquella por donde habia entrado.

Cuando Aixa no escuchó ya el sonido de sus pisadas, abrió la puerta y dijo con voz breve y severa:

—Que entre ese hombre.

El esclavo partió, y Aixa, despues de haber cerrado las espesas celosias de los agimeces, se reclinó en la sombra de un ángulo del divan.

Poco despues aparecieron en la puerta un hombre y una mujer.

IX.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

Entrambos adelantaron con osadía; ella cubierta con su manto; él revozado el rostro con el extremo de su toca. Aixa permaneció inmóvil, reconcentrada en sí misma, con la mano posada en el pomo de su puñal.

El hombre miró receloso en rededor, y fué á cerrar la puerta del retrete que daba paso al vestibulo.

—¿Quién eres tú, miserable? gritó Aixa, que no pudo reprimir por mas tiempo su orgullo de reina; ¿tú, que te atreves á encerrarte conmigo en mi retrete de sultana?

El hombre no contestó; acercóse lentamente á la

mujer cubierta, arrancó el velo de su cabeza, y dijo:

—¡Esta es mi madre!

Aixa miró con terror la frente de aquella mujer, y dudando aun de sus ojos se lanzó á una celosía, la abrió de golpe, y describió el tapiz de seda del agimez.

La luz del sol inundó con reflejos brillantes el re-
trete, y coloró el semblante de la mujer que acaba-
ba de descubrir el que se habia anunciado como as-
trólogo.

Aixa dió un grito al reconocerla, y quedó inmó-
vil, muda, fascinada, como ante un objeto de horror.

Aquella mujer era alta, esbelta, de ademan sober-
bio, y frente surcada por prematuras arrugas y que
aun guardaba enérgicas señales de una gran hermo-
sura; sus ojos estaban tenazmente fijos en la alfom-
bra; envuelta en su ancho ropaje de luto inmóvil y
silenciosa, parecia esperar á que otro forzase aque-
lla situación estraña.

Aixa fué la primera que rompió el silencio.

—¡Tú! ¿eres tú? dijo con voz que el odio y la có-
lera hacian convulsiva; ¡tú, Isabel de Solis, Zoraya!
¡el espíritu infernal que siempre cruza mi camino,
y á quien siempre veo en mis recuerdos de esposa
escarnecida y de madre calumniada!

—Yo soy, contestó Zoraya, levantando trabajosa-
mente la vista hasta posarla irresoluta en Aixa.

—Y yo el infante Sidy Alhamar, dijo el hombre
dejando caer el extremo de la toca que ocultaba su
semblante.

—Aixa se cubrió el rostro con las manos, y quiso
huir.

—No, la dijo Sidy Alhamar asiéndola de la túnica;

aguarda, sultana, estoy desarmado y nada tienes que temer de mí ni de mi madre. De mi madre, que á pesar de todo te respeta y te ama.

Sidy Alhamar pronunció estas palabras en acento dulce y sentido, como pudiera serlo el de un hermano ó el de un amante.

—Mucho debeis esperar de mí, contestó Aixa, echando atrás su cabeza en un movimiento lleno de majestad, cuando asi te humillas Zoraya, cuando asi encubres tu odio, Sidy Alhamar. Acabemos pues. ¿Quién ha traído á los rebeldes al alcázar de sus señores?

El infante escuchó sin conmoverse esta pregunta, y contestó :

—Tú lo has dicho, sultana ; mucho esperamos de tí ; una mujer que es la lumbre de los ojos de mi hermano Sidy Yahye, una mujer á quien guardábamos como un tesoro inestimable entre las sombras de un retiro ignorado, ha sido robada esta noche, merced á la traicion y al engaño, por uno que se jacta de ser el mas bizarro y cumplido caballero de Granada, por el emir Muza Ebn-Abil-Gazan.

La sultana sin contestar, se reclinó con desden en el divan, mientras Zoraya y su hijo permanecian de pié ante ella.

—Yo mismo, continuó Sidy Alhamar, desarmado, creyéndome seguro por el honor de un caballero, he estado á punto de perecer á manos de Muza.

—¿Y bien? dijo impaciente Aixa, ¿qué quereis?

—Muza, contestó el infante, te ama como á una madre, sultana, y aunque hubiese de rasgar su corazón para complacerte, no se negaria á tu capricho

mas exigente. Pues bien ; si logras que se nos devuelva esa mujer, mi hermano, á quien acabo de ver en el real de Santafé, mi madre y yo desistiremos de nuestros odios contra tu hijo Abou-Abdallah ; retiraremos del ejército de los reyes de Castilla las taifas moras que les ayudan ; volveremos á tomar nuestras armas por Granada, y juraremos pleito homenaje y obediencia al rey.

—¿Y cuáles son mis seguridades? preguntó con sarcasmo Aixa.

—Mi madre, contestó Sidy Alhamar ; mi madre á quien amamos, y que te dejaremos en rehenes.

Brilló un relámpago en los ojos de Aixa, que se perdió entre el doble y oscuro fondo de los tapices que festonaban el divan entre los que se habia envuelto.

—Acepto, dijo la sultana ; esta tarde esa mujer te será entregada en el sitio que señales.

Sidy Alhamar no esperaba una concesion tan fácil, y frunció el entrecejo.

—Aun hay mas, murmuró sombríamente Sidy Alhamar.

—¿Aun hay mas? veamos, repuso la sultana.

—Como mi hermano y yo somos enemigos jurados del emir, en tanto que se firman las capitulaciones por las que debemos ser asegurados en nuestros bienes, en nuestra libertad y en nuestras vidas, quiero para mi hermano y para mí residencia en uno de los castillos reales de Granada, concedida por el rey, no á mí, Sidy Alhamar, sino á Abu-Al-hakem, sabio astrólogo, que se ocupará en preguntar á los astrós el destino de Granada.

—Es decir, observó la sultana, que tú, no pudiendo ya vivir en Granada á la faz del sol, presentándote á la plebe en la puerta de la aljama como sabio y faquí, pretendes estar á la mira de tu presa encerrado en una torre como un azor que acecha, ¿no es esto?

—Yo nada digo, sultana, sino que si no se nos otorga lo que pedimos, si no se nos concede el castillo que elijamos, y á mas no se ponen á nuestro servicio esclusivo un alférez y diez ginetes, mañana se presentará al rey Abdallah cierta faja, en uno de cuyos extremos está escrita una historia de amores en caracteres cabalísticos. Y entonces el rey sabrá que el pueblo llama la *Honesta* á una mujer....

—¡Silencio! dijo Aixa levantándose y tapando la boca á Sidy Alhamar; ¡silencio!

Y fué á la mesa, tomó un pergamino, y escribió para el rey.

—Estas satisfecho, dijo penosamente la sultana á Sidy Alhamar mostrándole la escritura.

El infante leyó; el pergamino decia asi:

«Hijo, rey y señor Abou-Abdallah; tu madre la sultana Aixa te bendice y te besa en la boca.

«El astrólogo Abu-Al-hakem, doctor sabio y astrólogo profundo, por su amor á Allah y al rey quiere leer en las estrellas el signo fatal ó venturoso de Granada; pero para ello necesita la soledad y el misterio. Por el amor de tu madre, por el reposo de tu padre, concédele, hijo mio, cédula real para morar en el castillo que mas le plazca, y pon, porque asi es su voluntad, á su mandato una guarda de un alférez y diez ginetes.»

Sidy Alhamar examinó escrupulosamente el sello de plomo que pendia con hilos de seda del pergamino, le guardó enrollado entre su túnica, y dijo con acento conmovido á la sultana :

—Te dejo á mi madre, señora, y espero que su cautividad no sea penosa, ni que se cierren para ella otras puertas que las exteriores del alcázar.

—¡Oh! yo te lo prometo, contestó dominándose Aixa.

Sidy Alhamar besó á su madre, saludó á la sultana y salió cubriéndose el rostro con el extremo de la toca.

Zoraya permaneció aun inmóvil en el sitio donde se había detenido al entrar ; Aixa esperó, conteniendo la respiracion, á que se perdiese á lo largo del vestibulo el eco de sus pasos. Luego se lanzó como una pantera sobre Zoraya, la sacudió con fuerza del brazo, y gritó :

—¡Oh! ¡al fin te tengo en mi poder, vil combleza renegada ; palidece en buen hora, grita, llora ; pero tus gritos y tus lágrimas serán inútiles porque ya duerme el sueño del olvido quien por tí levantaba el látigo de los esclavos sobre mi frente !

—¡Oh! ¿por qué me tratais asi, señora ? contestó en buen castellano Zoraya.

—¡Oh! ¡te has olvidado del árabe, cristiana renegada ! ¡tú, la que has manchado el lecho de los reyes ! ¡tú, la que has insultado á las sultanas ! ¡tú, Isabel de Solís, la de sangre traidora, la que vuelves las armas de tus hijos contra el pecho de su rey y de su patria ! ¿Por qué te trato asi ? ¿has olvidado ya mi largo abandono, mi cautividad, la de mi hijo, la san-

gre musulmana vertida por tu causa, el enemigo que asienta insolente sus reales en la vega alentado por las guerras civiles que tú has encendido? ¡Por qué te trato así! ¡crees engañarme con el mentido arrepentimiento de tus hijos, cuando vienes á darme el golpe de misericordia, á terminar la lucha empeñada entre nosotras de celos á celos, de odio á odio, de sangre á sangre, deshonrándome ante los ojos de mi hijo! ¿Por qué te trato así? ¡oh! ¡ven conmigo, ven!

Y arrastró furiosa, colérica, rugiente, á Zoraya, que aterrada, trémula, sonrojada se dejaba conducir por su inexorable rival, á la misma puerta por donde había desaparecido Muza.

Y así atravesaron una galería, un vestibulo, y entraron en un retrete pequeño y oscuro.

Aixa no se detuvo hasta llegar á un divan colocado en un ángulo de él; la alfombra estaba arrollada, y levantada una de las baldosas.

—Cuenta, le dijo Aixa; llega á la sétima. ¡Oh! mira, está vacía; antes que tú ha llegado otro, Isabel de Solís; las pruebas de un amor desdichado á que me arrastró el abandono y la crueldad de Abou'l-Hassan han desaparecido, y tú estas en mi poder.

Zoraya dió un grito de terror al ver el hueco vacío, y quiso huir.

—¡No! exclamó Aixa; estas en mi poder; el destino por esta vez me ha librado de ti; escucha: y acercándose á un agujero, sacó de su seno el arrugado pergamino entregado por Gaston de Vargas á Muza: escucha lo que dice el hermano al hermano.

Zoraya se dejó caer aniquilada sobre el divan, porque preveía una suerte funesta.

«La implacable Aixa, leyó: «Hermano mio: hoy en un momento de embriaguez he revelado nuestro secreto; el capitán Gaston de Vargas ha jurado robar á Schamsul-Ilemál. Es necesario que el capitán muera.»

—Siempre sangre en vuestro camino, observó la sultana interrumpiendo por un momento su lectura; luego prosiguió.

«Es preciso también que dejes de mostrarte en la puerta de la aljama, y que busques un asilo seguro dentro de Granada. Para ello procura robar á la sultana un cofrecillo de hierro que guarda bajo la séptima baldosa del ángulo oriental de la cámara dorada en su alcázar de Dar-la-Horra. En él encontrarás tales papeles que la obligarán á prestarnos una eficaz ayuda.»

—Ya se vé, continuó Aixa arrollando de nuevo entre sus manos el pergamino; ¿por qué te trato así? ¡Es verdad, yo debía recibirte con los brazos abiertos, á tí, Isabel, á tí, que llegas á mi casa cubriéndote con el velo de un hipócrita arrepentimiento para acabar de hundir el puñal en mi seno! ¡Es verdad, yo debía besar llorando de alegría tus rodillas, cuando vienes á darme el beso traidor de aquel apóstol de quien habla el Koram de los cristianos! ¡Es verdad, yo debía aun con todo esto perdonarte y llamarte mi hermana, á tí, que me has robado mi esposo, que pretendes esterminar mi reino! ¡Es verdad yo debía amarte, ponerte sobre mi cabeza, morir sonriendo por tí!

Zoraya se levantó, no pudiendo ya contener el odio que ardía en su corazón, y quiso hablar; pero Aixa cortó sus primeras palabras.

—¡Silencio! gritó: ¡silencio! ¡hola! ¡guardas, esclavos, á mí!

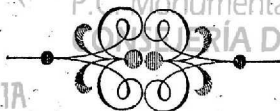
Instantáneamente se inundó el retrete de feroces almoravides armados hasta los dientes.

—Conducid á esa mujer á la torre del Gallo de Viento, encerradla en ella, y velad en su puerta.

Dicho esto salió; y Zoraya, á pesar de sus lágrimas y de sus gritos desesperados, fué conducida á la torre.



JUNTA DE ANDALUCÍA



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
BIBLIOTECA DE CULTURA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

En tanto Muza se había trasladado á su alcázar en la Alhambra (1), llevando consigo el cofrecillo de hierro que había encontrado en la cámara dorada.

Al entrar en su retrete se presentó á su vista el esclavo Acbakr, triste y sombrío, con la palidez en la frente, y el furor retratado en los ojos.

El emir, acostumbrado á leer en el semblante del africano, palideció, previendo una gran desgracia.

(1) Este alcázar era un departamento del que hoy se conoce como Casa Real; hace algunos años estaba en ruina, y ante él se veían casi enterrados unos baños de mármol; algun tiempo despues el brigadier de ingenieros señor Teruel restauró los muros, acabó de cubrir los baños, sobre los cuales hizo un jardín, y le rodeó de una tapia de tierra, tal como se vé ahora que escribo esta leyenda.

—¿Qué acontece, Acbakr? le preguntó.

—El ángel negro, señor, posa sus alas sobre tu casa, contestó con ronca voz el esclavo; y bueno será que huyas sino te encuentras dispuesto á entregar al rey tu amigo el cristiano y la dama que has encontrado en la morada del santón.

Muza tembló de cólera al escuchar esta nueva.

—¡Pero quién ha podido decir al rey, exclamó, que esa mujer no sea una de mis esclavas trasladada desde mi palacio de la Azubia á mi harem de la Alhambra!

—Señor, contestó el esclavo, como me ordenaste, conduje esa dama al mirador de la torre sin ser visto de ojos vivientes; el capitan Gaston dormia en tanto sobre tu divan, y las otras esclavas estaban retiradas en el harem. Apenas habia esclarecido el dia, y todo callaba; entonces bajé á la caballeriza y me puse á limpiar tu caballo de guerra Samyel.

—¿Y bien...? repuso con impaciencia Muza.

—Hacia un momento que estaba en la caballeriza, cuando escuché el sonido de una guzla tan diestramente tañida, que parecia habian descendido sobre tu alcázar los arcángeles del sétimo cielo.

—¡Acaba! gritó con ansiedad Muza.

—Luego, continuó Acbakr, una voz suave, dulce y armoniosa cantó un romance de amores, y poco despues otra guzla contestó desde el alcázar, y reconocí en sus pulsaciones la mano del rey.

Entonces abandoné el caballo, corrí á los agimces, y ví en efecto al rey Abou-Abdallah en el mirador de la sultana, dirigiendo su vista al mirador donde estaba asomada la cautiva.

Subí á la torrecilla, y ví al capitan Gaston de Vargas contemplando á la mujer, y ésta tañendo tu guzla, vuelta la espalda al capitan, y riéndose á largas carcajadas de los romances de amores que la dirigia el rey.

Muza se estremeció.

—Entonces, continuó el esclavo, preivendo lo que iba á acontecer, dije á tu amigo, valiéndome de lo poco que entiendo el castellano: Capitan, una gran desgracia amenaza al emir; esa mujer es hermosa, el rey la ha visto, y ella se burla imprudentemente del rey; mucho será que no acontezca algun desman.

—¿Y qué he de hacer? dijo tu amigo.

—Ahora lo verás, le contesté, y me dirigí á la mujer. Señora, la dije, en este lugar no estás bien; permíteme que te traslade á otro mas seguro, y que te sirva de guarda ese cristiano.

Tu cautiva dejó la guzla, soltó otra larga carcajada, saludó con el extremo de su velo al rey, y mirándome con una fria indiferencia, me dijo:

—Hágase la voluntad de mi señor.

Bajamos las escaleras seguidos del capitan, llegué á los subterráneos, encendí una antorcha, abrí la puerta oculta de la mina que conduce al palacio de Darla-Horra, y entregando la antorcha al capitan, le dije:

—Cristiano, sigue esa mina que conduce al Albaicin, y llama á una puerta que encontrarás al cabo de ella. Despues dije á la dama, cuando contestaren, dí que sois dos cautivos que el emir Muza Ebn-Abil-Gazan suplica á la sultana conserve ocultos en su alcázar.